

Por JULIO M. DE LA ROSA

LA PORTERA



TODAS las mañanas, Luisa, la portera, saca el cubo de la basura. Lo arrastra a duras penas desde el patinillo hasta la calle; lo arrastra pesadamente, con todas sus fuerzas. Es una mujer ya de edad, alta y grande, pero se mueve con dificultad, respirando trabajosamente. Pone cara de estar cumpliendo una lastimosa tarea; pone cara de víctima y con el gesto agrío y reconcentrado parece decirnos a todos los inquilinos que nadie, ni siquiera su marido, aprecia su esfuerzo, sus desvelos. Arrastra el cubo sin la menor precaución, con la esperanza de hacer que nos sobresaltemos en nuestras camas y de que nuestro sueño, que tanto parece indignarle, se interrumpa como se interrumpe el suyo cada mañana por culpa del basurero. Hace saltar intencionalmente al cubo los dos peldaños que separan la portería de la acera y, entonces, el tumulto es mayor, y sé que muchos se sobresaltan en sus habitaciones. Yo no. Tere, sí. Yo estoy ya acostumbrado; en realidad, me acostumbro a todo. Teresa, al principio, se despertaba violentamente, se incorporaba de la cama y me miraba. Se lo había imaginado todo de manera distinta: otra casa, otro barrio más distinguido, con unos vecinos más correctos. Tere me sonríe. No está bonita recién despierta; no la encuentro joven. Siento su lejano reproche, su reproche y su desprecio. Cuando baja para hacer las compras y se cruza en la escalera con Felisa, la del e , Tere enrojece un poco, se violenta. Felisa se casó hace poco y tiene tres hijos. El relojero se casó con ella por culpa de los hijos, por darle un nombre a los hijos, porque después de tanto tiempo, el hombre le tenía cierto cariño a la mujer y a los hijos.

Pero ella sigue igual; ahora le toca con el estudiante que vive en el piso de doña Moisés, mañana le tocará con otro. Felisa chillaba, es ordinaria, intenta fisgar en nuestro piso y termina poniendo nerviosa a Teresa. No, todavía no hay nada, pero es posible que me dé la noticia cualquier día y prefiero evitarle molestias inútiles. Después de todo, Teresa es de buena familia, educada en otro ambiente. Ella me quiere y yo no puedo deslusionarla. Ayer, a la hora del aperitivo —una botella grande de cerveza para los dos—, le he dicho que la portera está enferma.

—Por las mañanas —le dije—, cuando salgo para la oficina, me cruzo con ella en la escalera y la veo cansada, demacrada. Pobre mujer.

Teresa se va; se marcha sin levantarse de la butaca. Es una vieja costumbre suya, que le viene desde nuestros tiempos de novios. Me temo aburrir bastante a mi mujer. Soy hombre de una sola pieza, poco imaginativo. Teresa es más inquieta, quizá más inteligente que yo; bueno, justo es decirlo: mi mujer es más culta que yo. Le gusta mucho leer y hablar de cine. A mí, leer, francamente, me aburre. Don Antonio, el agente comercial del piso quince, es un amante de la cultura y compra muchos libros. A mí, si tuviera dinero de sobra, me gustaría comprar un televisor e invitar a don Ignacio, el subjeffé. Una buena merienda y un partido de fútbol. ~~Yo me da el~~. sin ser una eminencia, puedo hablar. De libros, no. Don Antonio me prestó un libro que trata de cómo se debe hablar en público y convencer: un arte de ser simpático y tener amigos. Apenas si lo entendí. Teresa se lo leyó en una noche y terminó riéndose. Me dijo:

—Don Antonio es un hombre vulgar.

A mí, sinceramente, no me lo parece. Tiene una buena clientela, sabe hablar, es culto, se compró unos montes y gana su buen dinero. A veces, Teresa me irrita. Tiene muchos pájaros en la cabeza. Pienso que debo mostrarme con ella más duro, más distante. Creo que me dará resultado. Yo comprendo que los vecinos no son señores precisamente, pero el traspaso del piso me salió bien. Más dinero del que Teresa se imagina. Ella discutiría conmigo, con su lógica infernal, si supiera la cantidad justa. Ella no sabe cómo está la vida. Sigue igual. Es una niña bien en el fondo, casada con un muchacho bueno y trabaja-

dor, un empleado que a ella no le corresponde. Pero lo cierto es que cuando una vez, en mi último viaje, humillado por una carta suya, intenté romper, Teresa se abrazó a mí como una niña aterrada. Soy bastante menos inteligente que su antiguo novio, el estudiante de Filosofía, pero más seguro. Teresa es cuatro o cinco años mayor que yo —aunque parezca increíble, no he logrado saberlo nunca con certeza—, y quizá sólo yo pueda resistir con alegría el aspecto que tiene al despertar y otras cosas.

Después de todo, pienso: el barrio es pobre, pero divertido y humano. Las casas son humildes y los niños juegan a la pelota. La voz de Luisa en la portería, sobre la una y media, lejana ya la sombra del carro de la basura, hasta me resulta agradable. Los vecinos van llegando del trabajo. El estudiante que vive en casa de doña Eloisa sube las escaleras cantando. El vecino alemán baja hasta el bar para reponer su provisión de cerveza. Suele levantarse sobre las dos de la tarde, almuerza, duerme y se pasa el resto del día bebiendo incansablemente. La mujer que vivía con él, gorda y también ordinaria, lo abandonó definitivamente. A veces, cuando Teresa y yo, después de cenar, fumamos en silencio, sentados muy juntos en el sofá, sentimos voces en el corredor. Voces y llantos, blasfemias y maldiciones. Teresa me miraba, pero era inútil poner más alto el tocadiscos. La voz potente del alemán, con su tono duro y torpe de extranjero, llegaba clara hasta nosotros. Me levantaba y abría un poco la puerta. La mujer lloraba, entraba en el piso y salía al rato con una maleta.

Ahora estoy solo. Es jueves, y Teresa se marchó a la peluquería. Todos los jueves se marcha a las once y vuelve sobre las dos o dos y media. Le noto que viene de mentir, que como la peluquería es cara —mucho más de lo justo para nosotros—, y van señoras elegantes, ella, que viste bien y habla con su dejo madrileño, pasa por más de lo que es en realidad y eso le pone contenta, y cuando vuelve a casa, lo sé, me mira con un poco de amable irritación.

Pero aquí solo estoy bien. Tengo vacaciones y me he levantado tarde. Estoy bien; me aburro un poco y me parece imposible no estar delante de la mesa, en la oficina. Estoy en mi casa, un piso pequeño de tres habitaciones, cuarto de baño y cocina, cuyo traspaso me costó caro, tanto, que tuve que pedir un crédito al Banco, crédito que indignaría a mi mujer, porque, según ella, este piso —pese al gas y a las nuevas comodidades instaladas, que voy pagando, haciendo un gran sacrificio— no vale nada y, además, los vecinos son horribles.

Ahora me levanto. Me puedo levantar, pascar, sentarme, cantar libremente, sin que ella me mire con paciente benevolencia. Delante del bar, los chiquillos siguen jugando a la pelota. Verdaderamente, es un barrio pobre. A las doce, la banda de música —trompetas y tambores— del colegio gratuito comenzará su ensayo. Ya se acercan las Navidades; para las fiestas faltan muy pocos días y tendremos más gastos. Teresa quiere dar una reunión en casa y sé que durante estos días anda encaprichada por una botella de whisky para obsequiar a sus amigas. Y todo para que las amigas, aparentemente mejor casadas que ella,

puedan comprobar que la sobrina del director general de la Compañía «Estela» vive bien, aunque su piso no sea bueno ni sus vecinos distinguidos. Tampoco en este aspecto comprendo a mi mujer. Uno piensa, cuando lo piensa, que siempre está sola y, sin decirlo, que cada cual es lo que es, lo que pudo o quiso ser y todos tranquilos, sin intentar subir a la fuerza o meterse en otros ambientes. Después de todo, nuestra sala de estar no está nada mal: el sofá, con sus dos butacas, la pequeña biblioteca de Teresa, la mesita baja de madera brillante y fina, los jarrones, los cuadros modernos tan buenos, que nos regalaron, el tocadiscos. Todo limpio y muy ordenado. Me encuentro bien aquí. ¿Si Tere viera cómo viven algunas familias por ahí!...

Llaman a la puerta. Es pronto para que sea mi mujer. Quizá sea el cartero. Abro. No; es José, el marido de Luisa. Me sorprende su aspecto. Nunca lo he visto tan nervioso. ¿Qué ocurre? Luisa debe estar mal. Los pobres, lo sé, después de todo, son gente de mucho aguante.

—¿Han llamado al médico?
—Sí, contesta con voz desalentada.

—¿Qué le dijo?
—Está mal, muy mal. No quiero ni pensarlo.

Lo hago pasar. Me extrañó mucho verlo a estas horas por aquí. José trabaja hasta las siete de la tarde. Algo muy grave debe estar ocurriendo en la portería. Ahora lo recuerdo; sí, ahora lo recuerdo: en efecto, es algo insólito. Luisa no ha bajado el cubo de la basura esta mañana, al menos yo no la he oído, y eso que estaba despierto desde antes de las ocho, pensando con gratitud que no tenía que levantarme para ir a la oficina. Qué raro.

Pepe —como le llaman todos en la casa— está casi llorando. Aunque lo operaron del estómago en agosto último, es alto y fuerte. Yo estoy sorprendido.

—¿Y el administrador?

—Acabo de hablar con él. A Luisa hay que trasladarla a una clínica esta misma tarde.

José vacila entonces y me pide una bolsa para agua caliente. Tere tiene una en el cuarto de baño. Me he quedado algo indeciso. Estoy completamente seguro que a Teresa le desgarraría enormemente prestarle a la portera su bolsa de goma. José, frente a mí, baja los ojos. Pero yo voy al cuarto de baño, busco la bolsa y vuelvo con ella. Se la entrego. José levanta los ojos del suelo. Me ofrece un pitillo. Después de todo —me digo—, en mi casa mando yo. Ella me diría: esa gente está resentida. Eso es todo. Ya ves como los domingos se van todos al cine y después beben cerveza. Que se compren una con ese dinero, que después la destrozan, y nosotros somos los perjudicados. No creo que con tu sueldo nos podamos permitir muchos lujos...

Las cosas de Teresa. José y yo salimos al corredor. Felisa, enemiga a muerte de la portera, está en la puerta de su piso y nos contempla a los dos en silencio. Los niños de la señora del dos juegan en el pasillo. Abren y cierran constantemente la puerta, tocan el timbre. Ahora José pasa junto a ellos sin un comentario, sin mirarlos. José está sin afeitar, cansado, viejo. Mientras vamos la escalera en completo silencio, también a mí la casa, tan grande y fea, tan sucia, tan ruidosa,



me parece ordinaria y gris. Pobre Teresa. Quizá, en el fondo, tenga razón. José empuja la puerta. La portería es pequeña: un estrecho comedor amueblado pobremente con una mesa y un armario despintado; arriba del armario, un aparato de radio, los marcos con las fotografías de los dos hijos vestidos de blanco en el día de su primera comunión, un jarro de cristal con flores artificiales descoloridas y polvorientas. Pasamos al dormitorio, tan pequeño, que apenas si cabe la gran cama del matrimonio. Luisa mueve la cabeza. Ahora lo comprendo: Luisa no podía con el gran cubo de la basura. Pienso que Luisa, nuestra portera, no sacará más el cubo a la calle.

—Luisa —dice el marido—, don Miguel nos dejó la bolsa de goma.

Luisa mueve las manos. La pequeña habitación huele mal. La cocina está instalada en el pequeño patinillo interior que se llueve durante el invierno. El administrador, que es una buena persona, aunque algo cínico, prometió para este invierno un arreglo general. Luisa me sonríe de nuevo. Su voz suena inmensamente cansada, lejana.

—Muchas gracias, ya se la devolvemos.

Yo, azorado, no sé qué hacer con las manos. Miro al techo. ¿Qué pobreza! Me gustaría que Teresa pudiese ver esto. Adivino su gesto de asco, de incompreensión, de pena. Luisa noh habla con mi mujer; conmigo, sí, e incluso me cuenta sus cosas.

Me despido apresuradamente y salgo. José me estrecha calorosamente la mano y yo le digo que si algo se le ofrece no tiene más que avisarme.

Estay sentado delante de la ventana y pienso. Desde hace tiempo me encuentro humillado y no sé bien por qué. Mi mujer está en la peluquería. Hablaré con el administrador. Sería conveniente atender bien a Luisa. Es una buena mujer, una excelente portera. Lo que ocurre —le diré a mi mujer— es que está

enferma. Quizá venga enferma desde hace mucho tiempo y por eso no puede bajar el cubo de la basura sin hacer ruido. Lo que pasa es que no nos comprendemos. Cada uno a lo suyo y no nos interesamos por los demás. Mi mujer la primera.

Pensando en mis cosas —pienso más cuando me encuentro solo con esta extraña sensación de abandono y humillación—, volví a encontrarme en los muelles, al atardecer. A veces me escapo furtivamente a los muelles. Teresa se va, se evade en mi presencia. Mi oscura venganza es escaparme a los muelles y contemplar el agua. Desde hace una temporada, desde que volvimos del viaje de bodas, voy cada vez con más frecuencia. Me gusta. Una vez un perro me olfateó amablemente unos instantes con gran dulzura. Me dio un lengüetazo en los zapatos y se marchó. Mis oídos, cansados de sus palabras seguidas y razonables, gozan al escuchar un murmullo lejano, suave, que me hacía levantar los ojos al cielo, porque creis percibir el ruido de un avión. Nada más libre que un avión. Paseando por los muelles siento siempre unas ganas extraordinarias de morder una fruta, pero no solamente la fruta, sino morder el frío de la fruta. Todo lo que fuera frío, libremente frío, me parecía agradable, simpático, hecho del mismo miedo que yo. No era que sintiera hambre, no. Teresa sabe cocinar bien y yo me conformo con peinar. Sentía otra clase de hambre.

Me levanto. ¿Qué hora será? Entonces suena el timbre. No me late el corazón. Suena el timbre de nuevo, confiado. Una vez largo y dos toques espaciados. Es ella. No tengo más remedio que abrirla. L: hablaré, intentaré, hablándole como jamás lo hice, ganarla para los demás. Le diré: «Voy a decirle todo, Teresa. Naci en un pueblo pequeño, una noche de invierno, en el seno de una familia humilde. Mi madre, que era pobre, mucho más pobre que la tuya, me enseñó...»

FIN